

meza, como tallo fuerte y gentil de la flor pasionaria de tu magnífico rostro!

Alguna vez, nuestro espíritu, intrigado al recuerdo de la impresión producida por tan inefable creación artística, ha dudado de su eficacia positivamente real, y celoso de sus perfectibles anhelos y alentado en inevitable afán comprobatorio se dirige hacia la Iglesia de Jesús, donde, *cautiva* en su camarín, se conserva la portentosa imagen...

El corazón, palpita enfrentado con el vireo bocaporte del camarín, donde se revela, misteriosa y casi alucinante, la visión que, con intrigadora nostalgia sentíamos perder... Alguien, debe proveer de consuno a esta ansiedad y abre la empañada vidriera de nuestro desconcierto... Y, ¡no!; no hay que temer que se desvanezca la encantada visión, como aquella de Espirita—descrita por Gautier—evocada en el espejo mágico por el alma anhelante de Malivert... No; no es ilusión; está allí, reciamente plasmado el rostro sugerente de nuestros ideales... La celestial curva de sus ojos, el aliento de su peregrina boca suspirante, el ondulado marea de su rostro pálido, no deben fundirse en iluminado polvo de ensueño, porque la escelsa imagen, es tangible realidad corporea briosamente cincelada a la luz del día por el mago artista que, con vigorosos y vibrantes rasgos, mistificados en esquisitas modelaciones, trazó la forma pura de su elegía magnífica ¡Mater admirabilis; Regina martyrum..! Es Ella; la profundamente sentida y magistralmente tallada, como la ha visto tantas veces el pueblo en la procesión del Viernes Santo a la plena luz de mañanas primaverales; luz y entusiasmo del corazón que, «Ella», satura de un sentimentalismo indescriptible al caminar tan magestuosa, abiertos los brazos y las manos suplicantes, erguido el apenado rostro, y sus ojos, empañados de lágrimas... Lloro la augusta Madre con radiosa hermosura, con el propio dolor de su Hijo muerto en la Cruz; con el de todas las madres y sus hijos martirizados. Y, he aquí, como el sentimiento religioso se enseorea de todos los corazones; de los sencillos, y de los saturados de la sabiduría del inmenso sentir, precisamente por la propia escelsitud de la legítima grandeza, con que el arte trazó tan elocuente símbolo de la santa maternidad. El pueblo siente doblarse sus rodillas y el extraño asalto de un supremo gozo y una, a la vez, profunda pena, ante aquel dolor quintaesenciado del sublime rostro, dolor que no logró marchitar la soberana flor de su belleza, y que llega hasta lo más hondo del alma como una confidencia de amor infinito; sin espadas y sin cuchillos; puro como la potencialidad del corazón para sentirlo y comprenderlo; porque, intuitivamente, todos presentimos, en el fondo de la conciencia, esa naturaleza del dolor moral

emancipado de las lacerias y las repugnantes ruinas de la carne. Y esta, es la gracia insólita de nuestro imaginero; plasmar, sentimentalmente, el pensamiento, manejando las gubias, como la pluma el pensador y literato, o la palabra elocuente el narrador de maravillas.

Fulgura, pues, en su rostro, la hermosura magnificente de su dolor, que parece como auyentar unas sombras de lo más íntimo de nuestro ser, quizás revelación contra algo ruín que debe ceder su puesto a un éxtasis reparador ante aquella magnificencia de su estoica congoja. ¡Bendito fulgor; destello inmaculado de aquel sentimiento, que, a torrentes deslumbradores, experimentó Salzillo, al desprender de su obra sus manos divinas, cegado de lágrimas, enérgico y vidente, como influido por inspiración sobrehumana.

JOSÉ ANGEL DE AYALA

Madrid·Noviembre 1933..

PASEOS ARQUEOLOGICOS POR LA ESPAÑA MUSULMANA

MURCIA

"Los bellos lugares (de Murcia) hacen olvidar a Yilliq; viendo su dulce río no se recuerda al Barada". *Abul-Hasan Hazim Al-Qartayanni.*

DE las numerosas elegías de los musulmanes españoles emigrantes ante el avance de la conquista cristiana hacia el Sur, varias se refieren a la huerta de Murcia, uno de los lugares sin duda, desde tiempos remotos, de vida más fácil y grata para el hombre amante de la naturaleza, del sol, del agua y de una existencia remansada y serena, consagrada en gran parte a la contemplación y al cultivo del espíritu. Los escritores árabes encomian el florecimiento artístico, agrícola y comercial de Murcia, competidora de Almería y Málaga en la fabricación de telas de seda, ricamente bordadas de oro, muy admiradas en Oriente; hacíanse también en ella magníficos tapices que en Africa y Asia alcanzaban subido precio; muebles con incrustaciones; esteras; objetos de cobre, hierro, barro y vidrio exportábanse desde Murcia a mercados lejanos. Cercada por innumerables huertas, dicen los autores árabes, Murcia era un jardín, abundante en diversas especies de frutas y flores, pobladas las orillas de su río de multitud de huertos y vergeles, las ramas de cuyos árboles caían hasta el suelo, abrumadas por el peso de los frutos. El gorjeo de los pájaros y el ruido de sus norias pro-

ducía agradable concierto, y todo esto, unido a la profusión y belleza de sus flores, formaba un conjunto tan armónico que era imposible encontrar otro semejante. (1) Las dos colinas que bordean el río Segura, como dos amigos que, queriendo abrazarse y no consiguiéndolo, lloraran de tristeza, acrecentaban con sus lágrimas la corriente. En la vega, las innumerables norias giraban como adargas movidas en la batalla por guerreros enlorigados, a que semejaban las aguas de las acequias rizadas por el viento. En los rincones de sus montes, de los cuales el más excelso era Iyala, llamado también «Fadlakat al-Uus» (o sea «total de la corteza») y en su «Sirat», celebrábanse alegres veladas. Mientras los enamorados cogían las flores del amor, los que no lo estaban cogían las de los campos. En la fértil vega pasábanse los veranos, a la sombra de árboles cuajados de frutos, entre alcázares y puentes; no se repartía en ella el agua a sorbos, como en las tierras del desierto donde viven la víbora y el lagarto, y en las que no se oye más que el silbo de la una y no se come más que el vientre del otro. (2)

* * *

Pero si no faltan los recuerdos históricos y literarios de ésta llorada Murcia, verdadera metrópoli de la España musulmana bajo los famosos guerreros Abenmardanix (1147-1171) y Abenhud (1227-1237), en cambio han desaparecido casi por completo los monumentales que nos permitirían evocar el escenario en el que aquellos vivieron. Situada en el centro de un valle, en terreno de sedimentación y aluvión, sus edificios, cimentados en un subsuelo movedizo, serían de tapial, y adobe, ocultos estos materiales en palacios y ricas mezquitas bajo lujosas y efímeras decoraciones de enchapados de yeso, y pintura. Guerras y asaltos debieron dar en tierra con no pocos cuando la Reconquista, desolados y tristes entonces estos lugares en poder de los cristianos, según dice el Qartayanni; el tiempo y los hombres irían destruyendo bastantes y sustituyéndolos por otros, en un lugar, como éste, en el que la agricultura ha sido siempre fuente pródiga de riqueza, singularmente en el siglo XVIII, época de prosperidad a la que contribuyó la producción de la seda y en la que se renovó su aspecto urbano; el Segura, el «dulce río» cantado por el Qartayanni en el siglo XIII, con sus grandes inundaciones, contribuiría en gran parte a ir borrando las huellas de la ciudad musulmana. No es probable que el subsuelo poco firme de Murcia guarde restos importantes de esa época. Y para buscarlos de

otras anteriores hemos de apartarnos de la fertilidad de las tierras regadas y escalar los cerros rescos de roca y arena en los que se encuentran, hacia Mediodía, las ruinas, interesantísimas y poco estudiadas, de la Alberca, de los siglos IV al V, o tratar de fantasear sobre las construcciones enteradas en el llano reseco de Algezares, ayudados por los restos, no muy posteriores a los de la Alberca, conservados en el Museo murciano. Memorias históricas y poéticas citan en Murcia la mezquita mayor, mandada construir por Mohamed I; un alcázar principal y otro pequeño en el siglo XII, en tiempo de Abenhud (1); en el siguiente, Babal-yawza y Babal-muna, o sean las puertas del nogal y de los deseos; la llamada Alfarica (del camino), junto a la cual fué muerto en 1146 el arraez Abadala el Zegri al salir huyendo de Murcia, según refiere Adabí; varios puentes —Yisr Waddah, al-Yusair, al-Qantar al-Bayda—, y alcázares —Qasr Ibn Sad o el Qasr fayy al-maylis al-Ala—. (2). De todos estos edificios tan solo quedan: restos de un baño en la Ciudad, salvado merced a la solidez de su fábrica, y a su utilización como vivienda; las ruinas de un castillo—el de Monteagudo—en la huerta, a una legua hacia el nordeste, y las de un palacio fortificado a su pié, con alguna otra fortaleza hacia sur,—el castillo de Santa Catalina del Monte—que parece también de construcción musulmana.

Los restos del baño árabe están en la casa número 15 de la calle de la Madre de Dios, ocupada hoy por un taller de carpintería, y redúcense a varias salas rectangulares, abovedadas. Por una, cubierta con un medio cañón rebajado, tienen hoy el ingreso, que se hace descendiendo desde el nivel de la calle, y tal vez por este mismo lugar o por otro próximo fuera el primitivo; son obras modernas un arco sobre dos pilastras y el horno que se vé a su fondo. Una puerta en el muro de la izquierda lleva a una angosta nave, que consta de un tramo central cubierto con un medio cañón transversal, y dos pequeñas cámaras inmediatas que tienen bóvedas esquifadas o de espejo, tras las que se prolonga la nave con cubierta de medio cañón de eje longitudinal. Siguen después otras dos salas alargadas, con bóvedas semejantes, cortada la primera en su extremo por dos arcos sobre pilastras y columna central de piedra; la última iluminábase por varios tragaluces, perforados en su bóveda, hoy cegados. Entrase luego, por una puerta ensanchada modernamente, a una de la galerías que rodean lo que hoy es un patio y en la época musulmana fué sala cuadrada de 4 metros de lado, que se

(1) Almacarí y Abenaldun citados por Mariano Gaspar Remiro, «Historia de Murcia musulmana», Zaragoza, 1905, págs. 311 y 312.

(2) E. García Gómez, «Observaciones sobre la «qasida maqsurá» de Abu-l-Hasan Hazim al-Qartayanni», (*Al-Andalus*, Vol. I, Fasc. I, 1933, págs. 92 a 94.)

(1) Gaspar Remiro, obra citada, págs. 175 y 178; D. Francisco Codera, «Decadencia y desaparición de los almorávides en España», Zaragoza, 1899, págs. 84 y 85.

(2) La referencia del Arabi en la «Bib. ar. hisp.», pag. 33, según cita de Gaspar Remiro, pag. 182. Las restantes en García Gómez, art. citado, pag. 94.

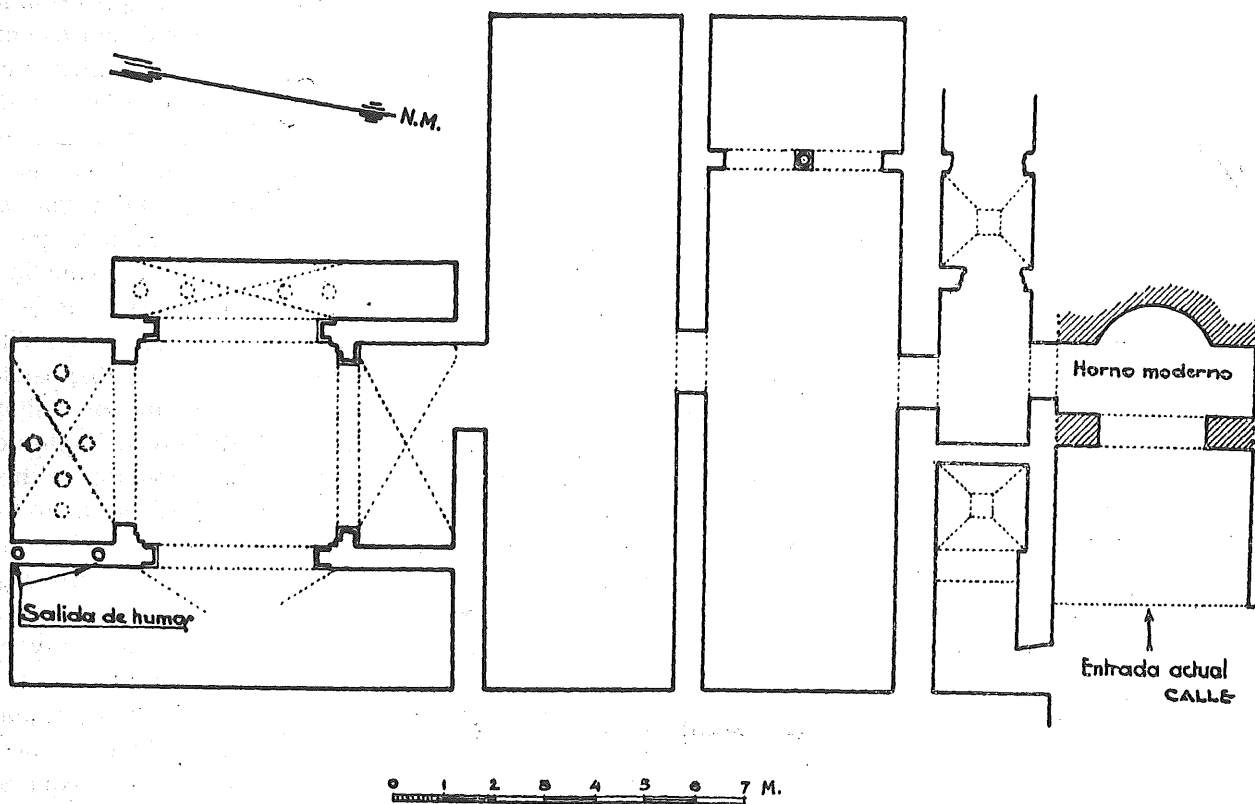
cubriría verosimilmente con cúpula de paños. Quedan los arranques de las trompas de ángulo, pero de tal modo cubiertas por revestidos modernos que sería aventurado hablar de su forma. Descansaba ésta cúpula sobre cuatro grandes arcos de herradura muy cerrada, apeados en cimacios de piedra pizarrosa de Espinardo, formados por un listel y una moldura en nacela, habiendo sido sustituidas por pilastras las columnas que los sostenían. En torno a esta que fué sala central hay estrechas naves cubiertas con bóvedas de arista y con restos

numerosos baños conservados en la España meridional—, autorizan a suponerle edificado del siglo XI al XII.

* * *

A una legua de la ciudad por la parte nordeste, en un cabezo rocoso muy alto y águdo que se levanta solitario sobre la fértil Huerta, yérguense los imponentes muros y torreones ruinosos del castillo de Monteagudo. Ningún otro lugar hay en toda la vega de tan favorables condiciones naturales de

• PLANTA DEL BAÑO ARABE DE MURCIA •



de pequeños tragaluces o claraboyas, que las daban luz primitivamente, según fué costumbre en los baños árabes.

Los muros son de argamasa y mampostería de piedra del río, y las bóvedas y arcos de ladrillo, con gruesos tendeles de cal, despiezadas las de arista descritas con los arcos del patio. En la estrecha nave a la que se pasa desde la de ingreso, existe un pozo que tal vez proporcionara desde un principio agua a estos baños. En los muros de una de las naves que rodean el patio se ven dos subidas de humo, lo que parece indicar que bajo estas habitaciones hay un hipocausto y que no andaría muy lejos la caldera destinada a su caldeo. Construcción y disposición—parecida ésta a la de los

defensa, por lo que debió ser solar humano desde tiempos muy remotos, como lo prueban numerosos hallazgos ibéricos y romanos. Suena el nombre de la fortaleza a fines del siglo XI, por los años de 1.078-79, al haber encerrado en ella Abenammár, visir de Almotamid de Sevilla, al rey de Murcia Abentahir, después de destronarle. (1) Parece se dió más tarde a Alfonso el Sabio en garantía del vasallaje del rey moro y en él habitó en 1.257. En 1.349 se concedió por la Corona el Real de Monteagudo al obispo de Cartagena don Martín, posesión que hizo efectiva en 1359, echando a García Bonaches, que lo tenía por don Ibaín Maduy, y po-

(1) Gaspar Remiro, obra citada, pag. 113, quien lo copia de Dozy «Scriptorum arabum loci de Abbadidis», II, pags. 87 y 88; la referencia es del escritor árabe Aben-al-Abar.

niendo en su lugar a Miguel López, clérigo de San Juan de Lorca. Enire sus últimos alcaldes figuran don Pedro Fajardo. Adelantado Mayor del Reino, en 1.465, con salario de 70.000 maravedises; don Pedro Castro, y don Juan Chacón, en 1483. (1) Abandonada, como tantas otras fortalezas desde el reinado de los Reyes Católicos, esta, que sería la defensa más importante de Murcia, arruínase lentamente. Un recinto exterior murado con torres rectangulares muy cercanas, de poco saliente, rodea el cerro a mitad de su altura por norte y levante, lados de más fácil acceso; en su cima yérguense los muros lisos del castillo, de argamasa, como toda la obra. Forma éste un gran macizo rectangular, sin torre alguna en su frente sur, por donde el escalo era imposible dada la disposición del cerro; una única en el de poniente, y varias muy cercanas a norte, en donde estaba la entrada y el acceso más fácil.

* * *

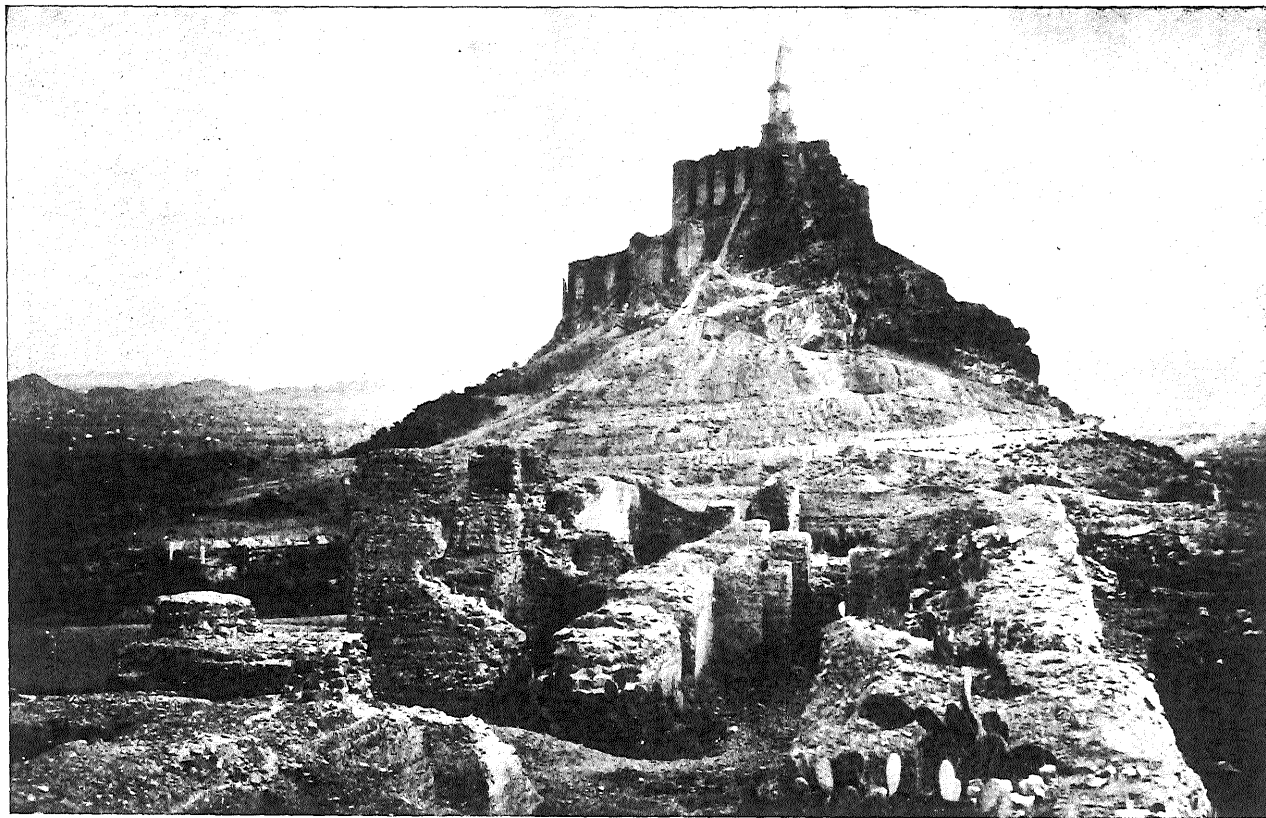
A unos 400 metros al noroeste de la peña de roca desnuda de Monteagudo hay un cerro alargado de bastante menor altura y laderas suaves, coronado también por ruinas de torres y murallas de construcción y disposición semejantes a las de aquella fortaleza; es propiedad de los hijos de la condesa de la Concepción. Sin duda son las dos edificaciones contemporáneas; la del cerro bajo, palacio o alcázar murado amparado por la fortaleza de Monteagudo, en lugar más ameno y de fácil acceso, lo suficientemente dominante para estar a cubierto de sorpresas, pero tan próximo a la Huerta que a sus ventanas llegaría el perfume de la flor de azahar de los naranjos que se extenderían, como hoy, hasta su pié; y las conversaciones de los huertanos, habitantes de las alquerías próximas; algunas palmeras elevarían, como actualmente, sus penachos hacia el azul purísimo del cielo, sobresaliendo de la mancha verde oscura de naranjos y limoneros. Aún en el centro del invierno la temperatura en este lugar es suave, dulce el aire y el cielo de una pureza extraordinaria; el paisaje, alegre y riente, dominándose Murcia y Orihuela y las mil alquerías esparcidas por la Huerta. Dos acequias bordean el cerro y proporcionarían agua a esta construcción; elemento tan predilecto de los musulmanes sería bien escaso en la fortaleza de Monteagudo, reducida la guarnición a la de lluvia, guardada en los algibes, y a la de algún proiundísimo pozo. (2) Estas ruinas fueron excavadas en los años 1924 y 25 por don Andrés Sobejano, por encargo de la Junta Su-

perior de Excavaciones y Antigüedades, surgiendo entonces la planta de un palacio de 61 por 38 metros, con una serie de estancias simétricas y un patio central; restos de decoraciones de yeso, varios capiteles de alabastro y fragmentos de zócalos pintados, encontrados entre sus escombros, fueron a parar, en su mayor parte, al Museo Arqueológico Nacional de Madrid, quedando algunos en el de Murcia.

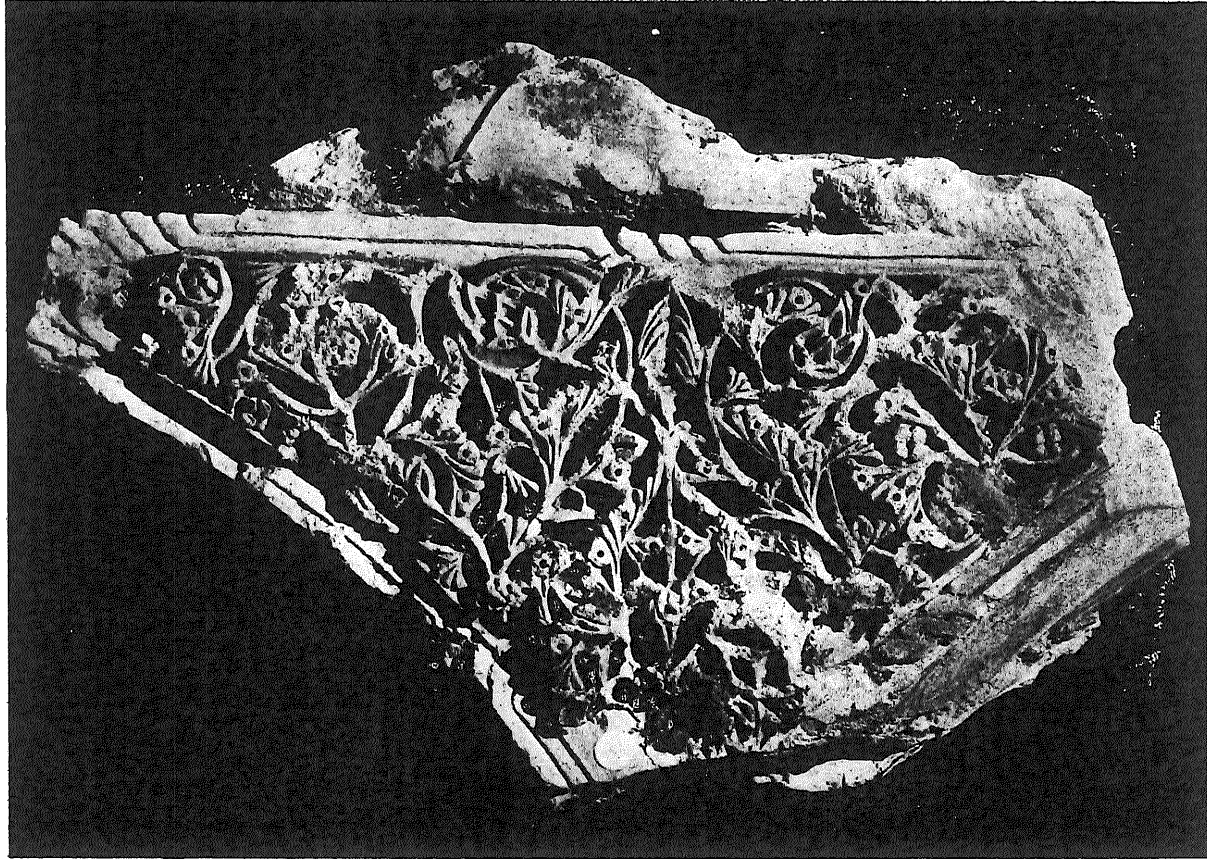
Su planta forma un rectángulo, orientados los lados más cortos a noroeste y sudeste, con un patio central, también rectangular, dos estrechos pasadizos bordeando los otros lados, y varias salas en los testeros menores, por las que se pasa a otras más reducidas al fondo, que ocupan el interior de torreones. De estos sobresalen tres en cada uno de los costados menores y cinco en los mayores, alternando uno pequeño con otro de mayores dimensiones, con la particularidad de que están tan próximos que los lienzos o cortinas de muros entre ellos tienen menor longitud que sus frentes y que en los cuatro ángulos, el torreón de todas las fortalezas medievales se sustituyó en esta por dos normales, situados cada uno en el extremo de un paño de muralia, lo que produce un ángulo entrante, con disposición originalísima de la que no conozco otro ejemplo que el inmediato castillo de Monteagudo. Es curiosa la perfecta simetría de todo el edificio, en relación con sus ejes longitudinal y transversal. El patio también tiene disposición interesantísima, pues de sus frentes menores sobresalen los cimientos de dos pabellones cuadrados. Dos andenes o pasadizos, mas altos que el nivel del patio y trazados según sus ejes, formando crucero, unen estos pabellones entre sí y con los otros frentes. Los muros son casi todos de fuerte argamasa de piedras de muy desigual tamaño, grandes algunas, hecha con cajones, y van disminuyendo de grueso, retallándose, desde su nivel inferior, en el que alcanzan 2 metros y aún más, hasta el plano del palacio; a la altura del suelo de éste se conservan en algunos sitios con elevaciones próximas al metro y espesores de 90 a 125 centímetros; en otros han desaparecido y se ven tan solo gruesos muros de estancias subterráneas que debieron servir de algibes o silos. Otros hay también de mampostería, y casi todos los interiores que repartían la planta de la vivienda, eran de poco espesor y de ladrillo, lo mismo que las jambas de las puertas, por lo que han desaparecido casi totalmente; algunas rozas en el hormigon conservan huellas de haberse hecho para intestar arcos y muros de ese material; el ladrillo empleado es pequeño, de unos 22×11×4 centímetros. La entrada se halla en el centro del frente largo del nordeste, protegida por dos pequeños torreones, macizos en su parte baja. En el frente opuesto repítese la misma disposición, pero aquí entre los torreones se abriría un balcón con esplen-

(1) Pedro Casciaro Parody, El castillo de Monteagudo (Murcia), artículo publicado en la revista quincenal de Murcia «Alma Joven», del 15 de noviembre de 1923.

(2) El historiador Lozano, en su «Bastitania, Contestania», dice haber visto los restos de un acueducto en Monteagudo, que, después de perderse, reaparecían aguas arriba en la presa de la Nora.



El castillo de Monteagudo desde las ruínas de «el Castillejo»



Fragmento de ataurique de yeso encontrado en las ruinas de «el Castillejo»
y conservado en el Museo Arqueológico Nacional.



Capitel compuesto de alabastro encontrado en las ruinas de «el Castillejo»
y conservado en el Museo Arqueológico Nacional.

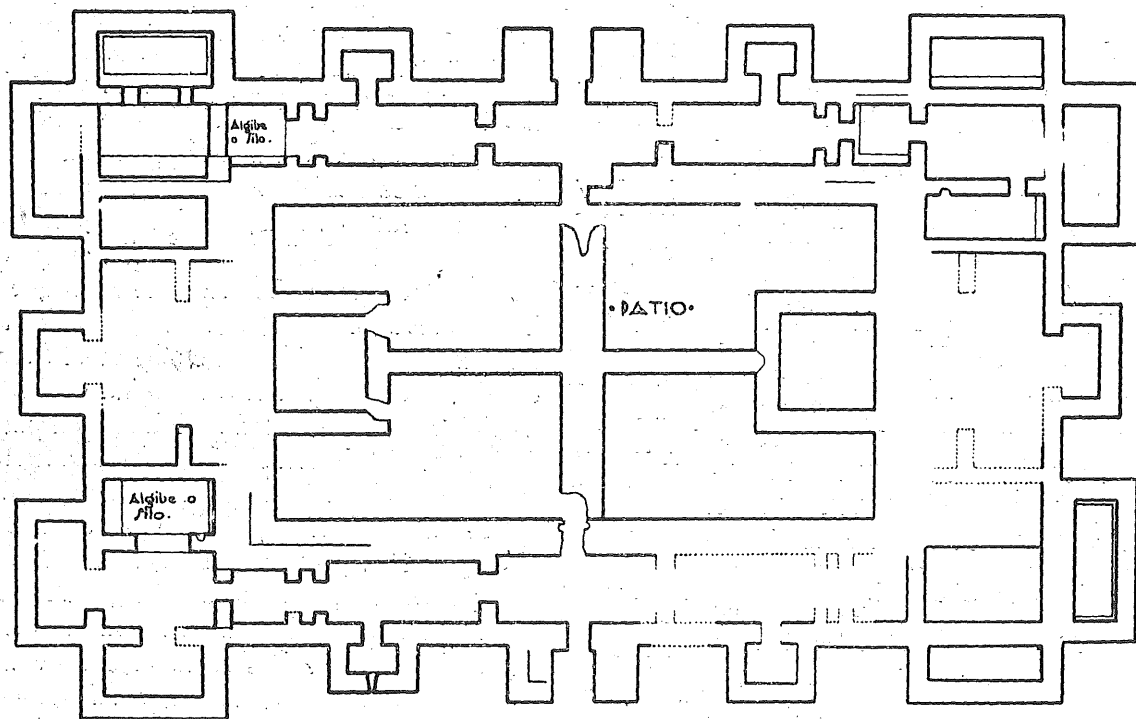
dida vista sobre la Huerta. Bóvedas no debió haberlas, pero sí pisos de rollizos cuyas entregas señalanse en varios muros. El nivel del patio estuvo 1,40 metros más bajo que el del crucero y de las galerías o paseador en torno, que en algún lado se reconoce no excedía de 1,35 metros de anchura y tuvo piso de alcatifa de yeso; revestidos de yeso cubrieron también el zócalo del patio. Los pabellones de éste conservan restos de la torta de argamasa de solero, metro y medio aproximadamente más bajo que el de la galería y salas contiguas, y estas tienen alcatifa de yeso como piso, tendida sobre la argamasa. Sin duda la parte principal del pala-

yeso, y los fragmentos de zócalos con dibujo de lazo, de los que quedaban aún hace poco tiempo algunos *in situ*. Su color es el ocre rojizo dado sobre una capa delgada de yeso fino que forma la cara del grueso revestido de yeso de los muros.

Es de presumir que las cubiertas fuesen inclinadas, llevando teja de la que se vé algún fragmento entre los escombros—ya que de haber habido azoteas se conservarían restos de la escalera que les diese acceso; además, el reducido espesor de la mayoría de los muros no abona tal disposición.

En el templete meridional del patio quedan señales de tuberías de plomo y de desagües; el agua se

PLANO DE LAS RUINAS DE "EL CASTILLEJO"
MURCIA



clo eran los testeros del patio en el que están los pabellones, delante de los cuales se ensancharía la galería que le contorneaba, desde la que se pasaba, por un vano de 6,50 metros de luz, dividido probablemente en tres arcos, a sendas salas rectangulares en cuyo fondo abriase una puerta de unos dos metros de anchura—tal vez con arcos gemelos—dando paso a un pequeño torreón. Los locales inmediatos a aquellas tenían su solería 1,25 metros más baja, no comunicándose con ella, siendo su acceso por los pasadizos laterales del patio; la entrada en esas salas principales, era forzoso hacerla por él. Los capiteles y basas de ancha escota, encontrados entre las ruinas, serían de esta parte, tal vez del doble o triple arco de una de las puertas mencionadas, así como los atauriques de

elevaría de la acequia que bordea el cerro al nordeste, según indican un torreón en ruinas, unos muros y un pozo, hoy cegado, con dos ensanchamientos laterales, restos sin duda de una noria. Al lado contrario extiendese una línea de murallas y torres avanzadas, en ruinas.

* * *

¿Que nombre tuvo este arruinado palacio? ¿Cual es su historia? Suntuosa mansión sin duda de algún régulo, ¿que horas de placer y de dolor transcurrieron en sus estancias? En el olvido casi total de la civilización musulmana española desde el Renacimiento hasta nuestros días, perdióse el nombre y la historia de esta construcción, como de tantas otras.

Hemos de interrogar a los restos decorativos encontrados entre los escombros de este alcázar sin nombre para intentar asignarle uno. Sus yeserías de ataurique son casi idénticas a las de la gran mezquita de Tremecén, acabada en 1136, según vieron ya los señores Gómez Moreno y Terrasse (1); los capiteles de alabastro, compuestos y de pencas lisas, próximos aún a algunos de la última ampliación de la mezquita de Córdoba, parecen también del siglo XII. Tenemos, pues, en el Castillejo, las ruinas de un palacio anterior a la época almohade, de excepcional importancia por haber desaparecido todas las residencias de ese tiempo. (2) Lo verosímil es suponerle construido durante el gobierno de Abenmardanis (1147-1171), el rey Lope o Lobo de los cristianos, tributario, de sus monarcas, de legendarias valentía y lujuria, enemigo acérrimo de los almohades y dueño de todo el oriente de la España musulmana. Tal vez fuese en las salas de este alcázar en las que, según escribe Dozy, siguiendo a autores árabes, Abenmardanis convidaba a un banquete a sus oficiales y altos dignatarios los lunes y jueves de todas las semanas; mientras bebían, las esclavas cantaban y bailaban, y al terminar la fiesta no pocas veces distribuía entre los comensales los vasos de plata utilizados y hasta los tapices que adornaban la estancia. (3) El citado Abul-Hasan Hazim Al-Qartayanni, en la descripción que hace de los lugares de Murcia en su «Qasida maqsura», escrita en el siglo XIII, menciona el palacio de Ibn Sad ben Mardanis, ya en ruina entonces, comparable a al-Hirat al-Bayda de Kufa. (4) Probablemente será este del «Castillejo», cuyos restos quedan descritos. El señor Gómez Moreno los identifica como del castillo de Miznalfarache o del Solaz que citan autores árabes entre las residencias de los reyes murcianos. (5) Hoy se conocen sus ruinas también por «Castillo pequeño», «Castellar» y «Caballerizas». Otro cerro próximo, de escasa elevación y más al norte, conserva restos muy menguados de construcción ruinosa; conócese hoy por Larache,—Alharache y Alabrache en antiguos documentos, según afirma Amador de los Ríos—, (6) y tal vez sea el que deba identificarse con el de Hisn alfaray, citado por el Qartayanni al mismo tiempo que el de Muntaqud y el palacio de Ibn Sad ben Mardanis. (7) Como precedentes de este castillo de Larache

guarda el museo de Murcia, por donaciones de don Andrés Baquero y don Miguel Dubois, varios fragmentos de decoración de yeso (1), parejos algunos de los recientemente encontrados en el Castillejo; otros son de tipo nazarí granadino, de los siglos XIV al XV, y no pueden provenir de el alcázar descrito.

* * *

Algo queda dicho de la importancia excepcional de estas ruinas de «el Castillejo» que vienen a ilustrar uno de los períodos peor conocidos de la evolución de nuestro arte musulmán: el comprendido entre la construcción de la Aljafería de Zaragoza (1049 a 1082) y la invasión del arte almohade, formado al parecer, en sus líneas fundamentales, al otro lado del Estrecho. Como obra arquitectónica de ese arte, llamado almoravide—con nombre de discutible propiedad—conocíamos solamente la mezquita mayor de Tremecén, terminada en 1136; el Castillejo nos proporciona un palacio fortificado del siglo XII, antecedente del famoso de la Alhambra. La disposición de su patio es idéntica a la de los Leones del alcázar granadino; idénticos los estrechos pasadizos que bordean sus costados largos; idéntica la disposición de pabellones salientes, de salones tras estos y de crucero en el patio. La hipótesis de Gómez Moreno de que el de los Leones tuvo jardín bajo, como otros marroquies, refuézase al ver la diferencia de nivel existente en el murciano entre el suelo del patio y el de las galerías circundantes. Una mezquita de Féz, la Cairuani, obra almoravide construida hacia 1135, tiene también dos pabellones salientes en los lados cortos de su patio rectangular, levantados. dícese, en los siglos XVI y XVII (2). De ser estas fechas exactas, ¿no sustituirán a otros del siglo XII, o, se renovarían tan solo en gran parte su decoración en aquellas centurias? Los restos decorativos aparecidos en «el Castillejo», aunque escasos, también son de gran interés. Se ha hablado de la semejanza grande de los atauriques de yeso con los de la gran mezquita de Tremecén; ambos entran dentro del ciclo de decoraciones florales que, arrancando de la Aljafería de Zaragoza, se puede seguir a través de los restos conservados en la Alhambra, procedentes del Mauror, de los de Santa Clara en el museo de Málaga y de algunos otros de Toledo, para terminar con las decoraciones del palacio de Pinohermoso de Játiva.

* * *

Las ruinas de Monteagudo y de «El Castillejo» deben ser, por los recuerdos históricos que evocan,

(1) Números 190, 191, 192, 202 y 203 del *Catálogo del Museo Arqueológico Provincial de Murcia*, Murcia, 1924. Los diez y seis fragmentos del n.º 190 dícese en este Catálogo que decoraron una de las estancias del castillo de Monteagudo; probablemente los que entre ellos son del siglo XII procederán del Castillejo, ya que en las ruinas de Monteagudo el señor Sobelano hizo algunas excavaciones sin encontrar resto decorativo alguno de la edad media.

(2) Marçais, obra citada, I, pag. 310. «El patio de los Leones» por Leopoldo Torres Balbás (*Arquitectura*, Año XI, N.º 117, Enero de 1929).

(1) «Arte de Islam», por Heinrich Glüek y Ernst Diez, Editorial Labor, Madrid, Barcelona, Buenos Aires, 1932, pag. 79. «L'art Hispano-Mauresque des origines au XIII siècle», par Henri Terrasse, París, MCMXXXII, pag. 240.

(2) Georges Marçais, «Manuel d'Art Musulman, L'Architecture», I, París, 1926, pag. 339.

(3) Francisco Codera, «Decadencia y desaparición de los Almorávides en España», Zaragoza, 1899, págs. 115 y 116.

(4) García Gómez, art. citado, pag. 93. Probablemente la ruina de «el Castillejo» sería obra de los almohades sitiadores de Murcia, los que acabaron en el lugar de Hisn al-Parag, Levi-Provençal. «Documents inédits d'histoire almohade», pag. 215.

(5) Estudio de Gómez Moreno añadido a la edición española del «Arte del Islam», de Glüek y Diez, pag. 79.

(6) «España, Sus Monumentos y Artes, Su Naturaleza e Historia, Murcia», por Rodrigo Amador de los Ríos, Madrid, 1889.

(7) García Gómez, art. citado, págs. 93 y 94.

por su interés artístico y arqueológico, por la belleza del paisaje huertano que desde sus muros desmochados se contempla, lugares frecuentados por todos los murcianos con conciencia histórica de su solar y de su raza.

LEOPOLDO TORRES BALBÁS
Planos de el autor

Madrid-Noviembre de 1933.

Cuadros inéditos de Orrente

ESTIMO que encajará en el BOLETÍN del Museo de Murcia la publicación de dos cuadros de Orrente, inéditos hasta hoy y desconocidos hasta que Don Pedro Fernández Durán los legó con su espléndida colección de pinturas, dibujos, bordados, etc. al Museo del Prado. En otras ocasiones he hablado de este mecenas de vida apartada y aun esquiva, que a lo largo de los años fué llenando su morada de obras de arte sin dejar hueco en los muros ni en el suelo; además de tener arcas y baules repletos de cuantas piezas puede codiciar un aprendiz de coleccionista. En julio de 1930 falleció el generoso prócer y en junio de 1931 se abrieron las salas que encierran, debidamente instalada, su herencia artística en nuestro Museo; en la última de ellas se colgaron las dos pinturas del artista nacido en Montealegre hacia 1570.

Ambas son obras típicas del «Bassano español»: la misma normalidad y sencillez de estas pinturas requiere comentario que las valore y destaque, pues la obligada instalación del legado en salas especiales es causa de que haya habido que renunciar a la colocación sistemática; y no ganan los cuadros si se mezclan con otros de escuelas y técnicas diversas, porque se van los ojos tras de lo más llamativo y emocionante, perdiéndose la gracia de lo humilde; vecinos los cuadritos de Orrente de unos desenfadados retratos ecuestres de Lucas Jordán y de unos minuciosos y fuertes bodegones de Heda y Pieter Claeszón que tiran de la atención, el visitante no para mientes en la sinceridad y modestia de los estudios del murciano.

No da la reproducción idea de su calidad ni del hechizo que proporcionan a los catadores de la fina pintura. ¿Asunto?. A penas lo tienen: un caballejo cargado de vasijas de barro y de cobre; un asno albardado en la plácida compañía de un borrego. Sobre el fondo, impreciso y oscuro, alientan las mansas bestias y muestran los pobres enseres «su verdad». Ni complicadas composiciones ni musculaturas estudiadas en Valverde o en Arfe, ni empeños de expresión. El artista se puso ante el natural y lo trasladó al lienzo; mas, no se detuvo en la aparien-

cia y corteza, y buceando sacó afuera lo que aquellas encubren. Pintó las calidades materiales con primor, y con sentimiento los nada gallardos brutos; jubiloso el asno sin carga; el caballo como vencido por el peso de una vida sin otro brillo que el de los calderos de cobre que acarrea, pues en verdad no pueden aplicársele los briosos endecasilabos de Pablo de Céspedes:

Que parezca en el aire y movimiento
la generosa raza do ha venido,
salga con alivez y atrevimiento
vivo en la vista, en la cerviz erguido.

El mayor encanto para los ojos de estos lienzos reside en el color; el cuadro del rucio y el borrego es de tonalidad caliente, pardo rojiza, dorada en el vellón; el del caballo es más vibrante por las notas azules muy bellas de los paños de las alforjas y el cobre de los calderos. Los fondos carecen de todo valor propio; a la derecha se medio distinguen un muro y un tronco seco en el primero; y en el segundo, quizá una puerta.

Todo leve, «intrascendente» como diría un crítico con petulancia; pero son, en verdad, sabrosos trozos de pintura. Y algo más: signo y muestra de un momento vital en la historia de la pintura. Por Orrente se injertó en nuestro arte un renuevo lozano en el punto que era preciso para que, despidiéndose la pintura de las trasnochadas frialdades escorialenses, por el natural y por Venecia hallase el camino cierto de su gloria. No es más; pero tampoco es menos la importancia del papel que desempeñó Orrente en la evolución artística.

El aprecio a las bestias y a los enseres humildes, aceptando a unas y otros como partes principales y hasta como protagonistas de una obra de arte, es nota que ayuda a definir la personalidad del pintor murciano; coincidente en esto con la dirección impresa por los Bassanos, dentro de la escuela de Venecia. La grandiosidad, a veces hinchada, de la pintura italiana del último tercio del siglo XVI encontró una senda de rectificación en el taller familiar de los da Ponte; la rectificación alcanzó al tamaño de los cuadros, buscando al cliente modesto con el cultivo de la pintura «de caballete» tan rara algunos años antes; los temas dejáronse de tratar a la heroica y un aire de poesía sencilla se extendió por Europa, ahita de guerras y epopeya; es, justamente, la época de las novelas pastoriles—Arcadias, Dianas, Galateas...—«La cabaña» bassanesca fué un producto del ambiente; pero, lo que en Literatura resultó pronto artificioso y frío, en Pintura por virtud del natural, propuesto para modelo, logró expresión viva y caliente, capaz de impulsar a la revolución realista de Caravaggio y de Ribalta, salvadora del arte en la raya del siglo XVII.

En párrafos anteriores saltó la palabra *coincidente* aplicada a nuestro pintor con relación a los Bassanos; y ella es propia si no se interpreta como